

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, julio de 1952

Núm. 1001

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

POR IR A LA MODA

Estaba el portero celestial sentado en el vestíbulo del cielo, entre las puertas que dan al exterior y las que comunican con la gloria, y como al mirar el reloj de la portería viese que iba a ser la hora de recibir a la gente, levantóse a ver si del interior le traían la documentación del día.

Apenas se había incorporado, cuando se abrió una puerta por la que asomó la cabecita blonda y rizada de un angelito que, anhelante y sonriente dijo, dirigiéndose al apóstol:

—Viene el Señor.

Hecho el anuncio se puso a un lado para dejar paso; se postró, cruzó las manitas sobre el pecho e inclinó reverentemente la cabeza.

Acompañado del arcángel Miguel, introductor de los justos en la gloria, entró el Señor, que puso su bendita diestra en la cabeza del infantil espíritu, como un día la había puesto sobre la de los niños de la tierra que quería que se acercasen a El; y volviéndose al apóstol, que se mantenía respetuoso a alguna distancia:

Pedro—le dijo—aquí queda contigo Miguel para que recibais a los que de la tierra vienen ya. Encargaos vosotros de ello y excusadme de comunicar directamente la sentencia a los que no han de entrar; porque me duele mucho ejercer justicia con los desdichados que no puede salvar mi misericordia. Y como dicen que sueles regañar, acaso por la vehemencia que ya sentías allá abajo, espero que no te dejarás llevar de ella con esos desgraciados, que ya tienen bastante con su suerte.

—¡Señor! A veces, lo confieso, se va el genio ante los que se apartaron de Ti, sin pensar que también a mí tuviste que perdonarme; que achaque general es allá en la tierra de donde vine, ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el nuestro.

—Anda, Pedro; ahórrame ese pesar que me apena el corazón y déjame ir a complacerme y consolarme en tantas almas que me siguieron hasta aquí. Las hay inmaculadas y puras de niños y de vírgenes.

—¡Oh, Señor, cómo las envidio, yo que, por pecador, hube de rogarte que

te apartases de mí y que no estaría aquí ahora si Tú no hubieses usado conmigo de misericordia!

—También me complazco, Pedro, en los que, si pecaron, lloraron sus pecados; ya sabes que tengo más alegría por la llegada de un pecador arrepentido que por la de cien justos.

¡Oh Señor y Dios mío! Obra fué de tu gracia mi arrepentimiento, y yo no podré nunca cantar debidamente tus misericordias con quien te negó. ¡Cómo no había de llorar mi pecado, si te amaba! Porque yo te amaba, Señor, aunque aquella noche...

—También, Pedro, son mi gozo los los que me confesaron y enseñaron a otros mis caminos.

—¡Oh Dios mío! Tu me hiciste pecador de hombres, y si los cogí en mi red, fué porque Tú me decías dónde y cuando la había de echar, y me ayudabas, sosegando las tempestades.

—Pedro: También son de mi alegría los que murieron por la gloria de mi Nombre.

—No hice, Señor, más que morir por quien murió por mí, y por bien pagado me tenía ya con las penas y persecuciones que, sufridas por Ti, me parecieron dulces.

—¡Oh Pedro! Queda en paz.

—En tu paz, Señor me dormí y descansaré por toda la eternidad.

Y el Señor penetró en el cielo irradiando luz y alegría sobre los bienaventurados que se inclinaban a su paso como mies dorada al soplo de la brisa y que con el riego de los raudales de gozo que corren por la gloria, esmaltaban el verde prado de eterno y confiado deseo con las flores de sus virtudes rojas de amor, blancas de pureza, moradas de penitencia, emanando fragante incienso de alabanzas y cantando al cordero, gloria, honor y bendición por los siglos de los siglos.

Pedro le miraba marchar desde la puerta gozándose en la gloria de su Maestro; pero había de cumplir el encargo que de El había recibido, y ya se sentían a la puerta de entrada unos golpes de llamada, y se oía una voz femenina que decía:

—Al señor San Pedro debió de atrázarle el reloj.

Fuese, pues, a la puerta, y al abrirla vió allá afuera tres mujeres; una que recogida esperaba pacientemente; otra (la que se había quejado), que quiso colarse de rondón, y otra tercera que se mantenía inquieta y recelosa a alguna distancia.

—Espere, señora, espere—dijo San Pedro a la impaciente. Hay que ver los pasaportes, y además no le corresponde a V. ser la primera. Espere V. un poco, muy poco tiempo, pues no será mucho lo que emplee con esta otra señora que parece que lo trae todo en regla. Ya debe V. traer sabido que aquí se despacha por el orden del fenecimiento y que ella dejó la vida antes que usted.

—Es que, como ella es...

—Cállese, cállese y déjela en paz. A ver señora—dijo dirigiéndose a la primera. Bien, está bien; tiene V. todos los documentos en regla. Perfecta devoción, resignación con la voluntad de Dios, que siempre aceptó, remendando y lavando los trapitos de sus padres, de su esposo y sus hijos. Ya los veía yo desde aquí muy remendados sí, porque la cosa no daba para más, pero limpios como soles; tan limpios como el alma de la que los lavaba y cosía. Entre, señora, entre; el arcángel la acompañará, porque ya dijo el Señor allá abajo, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios; entre a verle por toda la eternidad.

—Venga, señora—dijo San Miguel tomándola de la mano—a poseer el reino de los cielos que prometió el Señor a los pobres de espíritu. Y el alma de la pobre mujercilla entró en la mansión celestial.

—Ahora venga usted—dijo San Pedro a la impaciente.—No; esta no está pasable. También anduvo V. con trapos, pero fué con los sucios de sus prójimos que sacaba a relucir con su lengua maldiciente. Váyase, váyase por ese camino a limpiarse, hasta que se aquieten las tempestades de odios que usted revolvio con sus chismes. Ya tardará en volver porque aquellos dejaron bastante cola, pero cóformese porque al fin, la misericordia del Señor permite que vuelva usted alguna vez.

Señora, continuó San Pedro, dirigiéndose a la tercera. La cuenta de

V. le es poco favorable, porque de ella resulta que V. no anduvo con trapos ni limpios ni sucios, porque ni trapos se pueden llamar aquellas cosas transparentes y escasísimas que V. traía en la tierra sobre su cuerpo, tan escasos como su pudor y provocando la lascivia de los que la miraban y que por el escándalo de usted están ahora en el infierno.

—Pero si yo...

—Señora, la justicia de Dios no puede permitir que habiendo V. llevado tantos al infierno, vaya V. a gozar de El, mientras ellos sufren por toda una eternidad.

—Yo no lo hacía con mala intención.

—No tiene V. disculpa; como si fuese poco su propio discernimiento, oyó usted condenar su impudicia y señalar su pecado de escándalo, y V. llamó ridículo y escrúpulos las voces de su conciencia, los preceptos de la moral y los mandamientos de Dios, para poder creerse libre de hacer lo que era un pecado grave y ocasión de los pecados de los que con sus incitaciones incurrieron en ellos y se condenaron.

—Pero entonces...

—Entonces, tiene V. que ir por ese otro camino por el que no se vuelve nunca. Váyase; señora, váyase; se lo tengo que decir con la pena de ver un alma más que se pierde para Dios.

—¡Yo no voy...!

—Tiene V. que ir, señora; tiene usted que ir, dijo San Pedro, mientras se retiraba secando con la orilla de su manto unas lágrimas que le arrancaba la compasión.

Y un ángel, un hermoso ángel, tan hermoso como entristecido, tuvo que conducir a la pobre alma hacia el camino del infierno; y la alejó, la alejó hasta apartarla de la región de la luz donde, no tristes, sino llenos de satánica alegría, la arrebataron violentamente los espíritus de las tinieblas, al abismo sin fondo de la condenación eterna.

J. R. SPOK.

Propósitos al mar

Tres un real; cuatro un real. ¡Como atunes! ¡Vaya y qué hermosas son las de hoy! ¡Cuatro un real; tres un real!

Lo que pregonaba el tío Trinquete a voz en cuello por la plaza de la Prioral del Puerto de Santa María, eran caballas, pescado azul cuya venta está semiprohibida por el peligro que hay de que no esté fresco, en cuyo caso, tenemos cólico seguro.

Me acerqué a él, porque ya le conocía, y pregunté para pasar un rato:

—¿Qué llevas ahí?

—Lo que usted quiera. Por lo hermoso, tiburones; por lo fino, merluza.

—¡Hum!... ¿Serán frescas?

—Métales el deo en la boca y lo verá. ¿Usted se cre que están muertas? Pues es que están durmiendo. Esta mañana las trajo mi compadre del mar, y yo me encargo de venderlas.

—¿Y tú, nosales ya a pescar?

—No, señor; me corté la coleta hace tres días, y no salgo de la Puntilla pa fuera aunque el mar se vuelva caldo de gallina.

—¡Qué!, ¿te ha enseñado los dientes?

—¡Vaya! ¡Y que tiene unos colmillos! ¡Válgame la Virgen de los Milagros, y qué finos son!

—¡Vamos, que le has cobrado miedo al mar!

—¡Hombre, tanto como miedo!... Pero, ¿usted sabe lo que nos ha sucedido? Pues, hágase cuenta que está hablando a estas horas con un ahogado. Verá usted lo que son fatigas. El lunes salimos a la mar con levante. De lo que menos nos acordábamos nosotros era de Dios y de la Virgen del Carmen, porque el marino tiene eso, que cree todo lo que le dice el Papa, pero con eso de que si pesca o no pesca, se olvida a veces hasta del vino. Pues, a eso de las tres, nos tomó el ramalazo del lunes, y estuvo toda aquella noche jugando con la barca como un «Turibio». Nos volcó la pareja, y cada trago de agua que nos hacía tragar me traía a mí a la memoria la taberna del «Chato». ¡Entonces sí que me acordé de la Virgen del Carmen! Mire usted, yo llevaba un escapulario, y me lo amarré a la boca para poderlo besar más veces. Hicimos todos un juramento de recibir al Señor si la mar nos dejaba cumplirlo y... ¡mire lo que son las cosas! Mi mujer, usted la conoce ¿verdad? Pues mi mujer había prometido lo mismo que yo, si yo y el mar lo consentíamos. A eso de las diez de la mañana amainó el temporal, y sin saber por donde porque yo creí que estábamos en el otro mundo, nos encontramos la vuelta de Ronda. Y como a mí me gusta cumplir lo que prometo, cumplí con la Iglesia, que ya hacía años que se me había olvidado. ¿Sabe usted quien me preparó? Una de esas señoritas que viven aquí, en esa casa tan hermosa, casi enfrente la Prioral.

—¡Y qué!, ¿no volverás ya al mar?

—¡Man que me jagan Rey! Porque es lo que yo digo: ya que te has de morir, que sea en tu cama. Miste, yo no tengo miedo a morir. Pongo por caso, de una borrachera mal tomada, de una puñalada en los intestinos; pero que sea en mi casa al lado de mi mujer; porque eso de cerrar los ojos haciendo gorgoritos...

—¡De modo que ya el mar para tí...

—Se lo regalo a los ingleses que too lo aprovechan.

Y despidiéndose de mí, siguió pregonando:

—¡Tres por un real; cuatro por un real! ¡Y qué hermosas son las de hoy!

.....
A los tres días, me encontré en la calle a la mujer del Trinquete.

—¿Y tú marido?—le pregunté,

—Está en la mar.

—¿En la mar?—le dije con extrañeza.—¿Pues no había hecho propósito de no meterse más en el agua?

—Pues al día siguiente ya estaba en enfrente de Chipiona.

—¿Y si el levante vuelve a soltarle otro aletazo?

La mujer de Trinquete se encogió de hombros como diciendo: «Y qué le hemos de hacer!».

Después reconcentró en una sola frase toda la hondura de la fé española, y me dijo:

—¡Bah! ¿Y qué haría la Virgen del Carmen en el cielo si no hubiese pescadores? ¡Aburrirse!

Alberto Risco, S. J.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Los Mandamientos de la Ley de Dios, son el código del católico, de cuyo cumplimiento exacto, nos pedirán cuenta a cada uno de nosotros. Unos Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, complementan la ley de Dios, dándonos normas y señalándonos obligaciones que no podemos eludir sin faltar gravemente con todas las consecuencias.

Revisemos, de vez en cuando esos Mandamientos para tenerlos presentes en todo momento, pues las sanciones contra la infracción de los mismos son muy graves y de irreparables consecuencias.

También en la ley de Dios y de la Iglesia, para nosotros los españoles, como nuestro artículo 2.º de la ley Civil; «la ignorancia de las leyes no excusa en su cumplimiento».

.....
Todos estudiamos en nuestros tiempos infantiles el Catecismo. Nadie ignora sus preceptos y todos saben de sus obligaciones como católicos.

El hecho de vivir en un país católico, facilita nuestra labor. Constantemente escuchamos las instrucciones para el buen cumplimiento de nuestros deberes, se nos exhorta en cada tiempo indicándonos lo que hemos de hacer y de lo que hemos de abstenernos. No podemos alegar ignorancia en nuestra patria donde en todas partes se nos repiten los Mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Y estos Mandamientos han de cumplirse en las diversas actividades de nuestra vida. No solo se trata de unos deberes para cumplir dentro del recinto de la Iglesia y por un grupo reducido, sino por todos y para todos,

El oír Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar, es un deber que no lo dispensa, ni las ocupaciones, ni el cansancio del trabajo, ni la excursión dominiguera por muy honesta que sea y aunque el horario de viajes ponga obstáculos insuperables. Es preciso compaginar las horas, las excursiones, el descanso, con el cumplimiento sagrado de oír la Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.

Y obliga al católico el ayuno, en los días que la Santa Madre Iglesia le señala, y habrá de tener mucho cuidado con las dispensas del mismo que se hacen sin consultar debidamente y con disculpas faltas de lógica o por simple espíritu de contradicción, que de todo hay en la vida del Señor.

Y obliga la abstinencia en ciertos días, y el cumplimiento Pascual y no caben disculpas al católico para eludir esas obligaciones, por que es engañarse a sí mismo tomando del catolicismo lo cómodo, lo fácil, lo que está bien visto o lo que sea de moda en los tiempos que corremos.

Los católicos con restricciones personales, queriendo ser uno mismo quien dicta las normas de la fé y tachar los mandamientos que no le convienen, no son católicos, y habrán de dar una cuenta muy estrecha a Dios de esas libertades que se toman en el cumplimiento de sus deberes religiosos, sin justificación alguna y sí por simple comodidad o forzado por presiones sociales.

El catolicismo no es una sociedad deportiva que establece sus normas de acuerdo con el deseo de sus socios, sino que es algo más superior, a las cuales nos hemos sometido por el bautismo y no podemos eludir sus preceptos sin incurrir en una grave sanción cuyos resultados tiene extraordinarias consecuencias.

Cumplamos los deberes religiosos como nos manda la Santa Madre Iglesia y de ello jamás nos arrepentiremos.

Sin embargo de no cumplirlos tarde o temprano nos habremos de arrepentir. Quiera Dios que no sea ello demasiado tarde.

Y Jesús le dijo: "Pero si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos".

R.

UNA PAGINA DE LA HISTORIA

El ejército español se dirige a Pavía, ciudad sitiada por los franceses y defendida por Antonio de Leyva, El marqués de Pescara que manda las fuerzas de socorro, recibe un mensaje del rey de Francia, Francisco I, en el que le ofrece 20000 escudos si en el plazo de veinte días le presenta batalla. "Decid a vuestro Rey y señor, contesta Pescara al mensajero, que los generales españoles no acostumbran a pelear porque sus enemigos les den dinero y que guarde esos 20000 escudos para una ocasión que espero yo ha de venir".

Llegan los españoles a Pavía y comienzan a hostilizar a los franceses. Francisco I no hace caso de sus generales que le aconsejan una retirada.

Prenden, los españoles, fuego a su propio campamento y simulan una retirada, dando luego vuelta hacia unas tapias que rodean al campamento francés. Rompen las tapias y franceses y españoles se encuentran frente a frente. Comienza la batalla. La artillería francesa molesta bastante; pero se interpone el rey francés y con ello facilita el avance de los arcabuceros españoles. El ejército francés se desordena. El marqués del Vasto arrolla a los suizos. Leyva sale con los suyos de la plaza y vence a una división entera. Viéndose perdidos los franceses se arrojan desesperadamente contra el marqués de Pescara. Este anima a los españoles que se

lanzan al contraataque destrozando a los ejércitos de Francisco I.

Sólo queda ya un grupo de caballeros y generales que defendían heroicamente al rey de Francia. Nuestra infantería ataca denodadamente aquel grupo y lo destroza también, derribando al mismo Francisco I.

Un soldado bilbaino, Juan de Urbietta, se arroja sobre él sin conocerle y, poniéndole la espada al pecho, le dice: "Ríndete o muere". Y el rey le contesta: "No me rindo a ti; me rindo al Emperador; yo soy el rey de Francia".

La batalla de Pavía en la que el mismo rey de Francia caía prisionero pasó a la historia de España como una de sus páginas más gloriosas.

DIAZ DE VIVAR.

CONFESION DE UN FRAILE VIUDO

En el lecho de agonía en el que espera la muerte, un fraile viudo decía a su Superior un día, hablándole de su suerte:

—Torpe de mí, yo no sé que engañoso resplandor cierto día divisé, que me hizo perder el honor que nunca más encontré.

Yo, que tranquilo vivía, y que en mi casa tenía una mujer que me amaba, de su nombre maldecía y otros amores compraba.

Y fué tan grande el veneno que a mi alma ha emponzoñado, que de tranquilo y sereno, aquél hogar que era bueno en infierno he transformado.

Corrí detrás del placer con verdadera locura, sin pensar en la dulzura que me daba una mujer santa, cariñosa y pura.

Sólo seguí mis antoios considerándome fuerte, y por admirar mi suerte, de mi mujer en los ojos no ví lágrimas de muerte.

Porque su alma dolorida no podía sobrellevar el dolor de aquella herida y al fin, de tanto llorar, un día terminó su vida.

Yo, entonces, reflexioné; cayó la venda que dí a mis ojos, y lloré, y triste me reintegré de nuevo, otra vez a mí.

Reconocí mi pecado, y ante el cadáver, de hinojos, como jamás han llorado, allí lloraron mis ojos, y me ví regenerado.

Que dije cuando me ví arrastrado por el suelo al cesar mi frenesí: ¡He pecado contra el Cielo y he pecado contra tí!

Y allí ha cambiado mi suerte; si fui en mi infancia atrevida de mi esposa parricida,

ella misma con su muerte fué quien me ha dado la vida.

Y vivo porque murió por mí; porque se ofreció a Dios para redimirme. ¿Es extraño que os afirme que hoy por ella muero yo?

A ella sola dediqué desde entonces mi existir, y por ella transformé mi ser, de modo que fué mi vida solo sufrir.

Hoy que se apaga mi estrella, dejadme morir contento llorando aquí mi querella. ¡Es alegre el sentimiento que siento al morir por ella!

Dicho esto el fraile expiró; se acabaron sus agravios. De su muerte, nos dejó la línea que se pintó de una sonrisa en sus labios ..

Hermenegildo RODRIGUEZ

Comentando

LAS MODAS

Hablando de las modas, siempre se entiende de las femeninas. Como si las modas de los hombres no pintasen nada en la vida del mundo. Y así será cuando no se les da la menor importancia. ¿Y por qué se le da importancia a las femeninas? Yo no creo que haya una razón suficiente pero sí me inclino a creer que es porque a los hombres nos tiene sin cuidado ese matiz de la vida, y a las mujeres más desocupadas que los hombres, les da tiempo a ocuparse de nimiedades. Es decir, que las mujeres dan importancia a cosas que en sí no la tienen. Y la moda es de estas cosas, ya que si tuviese importancia en sí, no se variaría constantemente, como buscando una solución que nunca llega.

La moda está sostenida por tres principales pilares: la envidia de las mujeres, la vanidad de los hombres y el negocio de los modistos. Las mujeres se tienen envidia unas a otras, y presumen de ser más que las demás en todo. Su presentación es como la de todos los artículos de manufactura, y es, como ellos, un reclamo de su personalidad. En este caso, el comprador es el hombre, y a él se quiere almar e interesar con la presentación más o menos suntuosa de la persona. He dicho almar, y así es, en efecto, el resultado de la moda. Y he dicho interesar, porque antes he dicho que uno de los pilares de la moda era la vanidad de los hombres.

Los hombres, sienten vanidad de sus cosas, de su ingenio, de su saber, de su perspicacia, de su poder, de la grandeza que causa envidia a los demás. Esta envidia de los demás, en los más de los casos, es reflejo del sentir de las mujeres de los demás, que la exacerban con sus críticas y comparaciones. Y aquí viene la malicia de serpiente femenina que aguijonea la vanidad masculina; y el pobre hombre empuja, sin darse cuenta, a su mujer por los caminos que ésta discretamente se tie-

ne planteados de antemano, y de este empujón vienen a dar los dos, el hombre con su vanidad y la mujer con su envidia de las demás, a casa del modisto, que sienta el tercer pilar de la moda. Como en los incendios. Una chispa bien dirigida, la mujer, prende fuego al edificio, el hombre, y hay que llamar a los bomberos, que en este caso son los modistos.

Se apaga el fuego, pero si aquella chispa pequeñita del principio no fué suficientemente apagada, sigue ardiendo silenciosamente el rescoldo que tarde o temprano se acrecientará en nuevo incendio, con una nueva llamada a los bomberos.

Y así sucesivamente, hasta que la chispa se apague... que en este caso solamente se apaga cuando se consume todo el edificio.

Y ¿cual de estos tres puntales de la moda es el culpable principal de la misma? Sobre esto hay diversas opiniones. Las iremos examinando una a una, a ver si damos con la verdadera solución al problema. Honradamente creo que no daremos con la ansiada solución, porque, hombre al fin, tengo mi vanidad como el que más, y sé disimular los defectos femeninos, quizá amparado en esta misma vanidad nuestra.

De todos modos, haremos lo posible por discutir conmigo mismo todos los pros y contras de la cuestión. HERO

LA AVARICIA

Hay un enemigo de la caridad, que no es audaz y altanero como la soberbia, no se presenta al mundo avasallador y dominante, no busca el brillo y la universal adoración, sino por el contrario, vive escondido, alienta en la sombra, deslízase en silencio por los rincones más ocultos, este enemigo es la avaricia.

La soberbia con garra de fiera, conmueve y destroza el ánimo enloquecido. La avaricia, cual reptil dañino, apégase a las fibras, y anida en los pliegues del corazón. El avaro que atesora y guarda y vigila los bienes materiales como el codicioso que los busca y adquiere y solicita con inquietos afanes, es un ser degradado miserable instrumento de una pasión mezquina.

¿Qué son para él los móviles elevados, los intereses morales, las nobles empresas? ¿Qué valen a sus ojos, ni la áurea palma de la virtud, ni el lauro de la ciencia, ni la coraza del heroísmo? Corroído y extenuado por una pasión oscura, que en silencio lo avasalla, ha concentrado toda su voluntad y sus facultades en un mecánico y vergonzoso oficio: ir amontonando noche y día toda la riqueza que su seca y crispada mano puede tocar.

César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

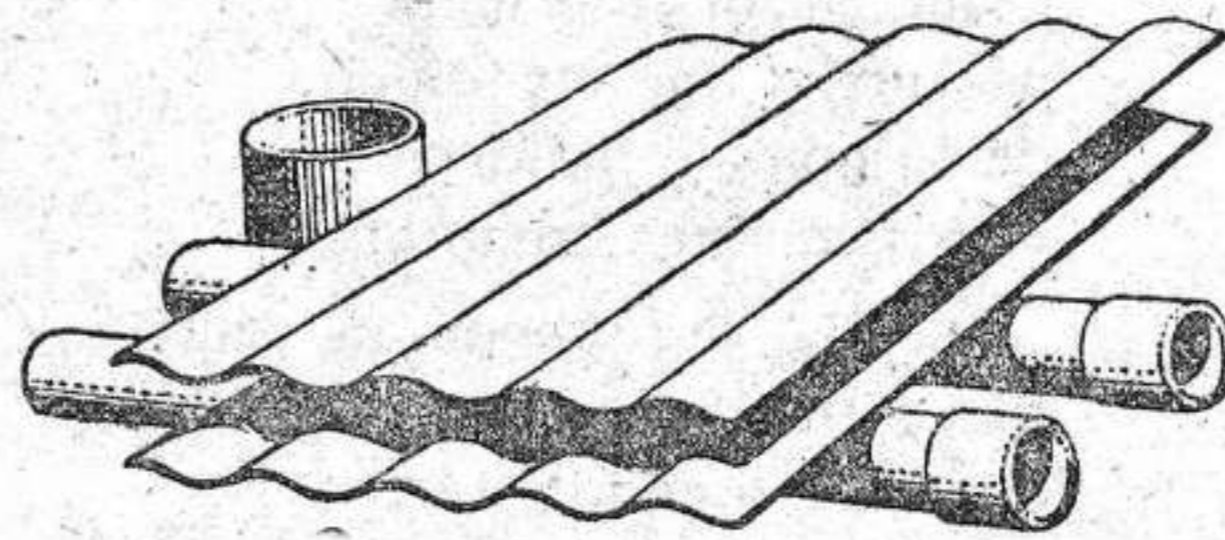
Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

ALMACENES

Materiales

de Construcción



Arbués

PLANCHAS ONDULADAS
Tubos, Depósito, etc.
Covadonga, 27 - Teléf. 1817
GIJON

Máquinas de coser y bordar

“ALEA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)